

Decimoquinto Domingo del Tiempo Ordinario – Ciclo A

Es notable con qué frecuencia Jesús utiliza la parábola como vehículo para su enseñanza. Los maestros de su época empleaban parábolas para explicar pasajes de las Escrituras, pero Jesús las usa con mayor frecuencia y con el fin de revelar los misterios del Reino de Dios.

Como enseña *el Catecismo*: Jesús llama a entrar en el Reino a través de las *parábolas*, rasgo típico de su enseñanza. Por medio de ellas invita al banquete del Reino, pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo; las palabras no bastan, hacen falta obras. Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra? ¿Qué hace con los talentos recibidos? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para ‘conocer los Misterios del Reino de los cielos.’ Para los que están ‘fuera,’ la enseñanza de las parábolas es algo enigmático” (CCE, 546).

La parábola del sembrador, que escuchamos en el Evangelio de este domingo, trata sobre cómo comprender y valorar la Palabra de Dios. La Palabra de Dios se refiere a Jesucristo mismo, pero también abarca el mensaje de salvación, la Sagrada Escritura, y la Sagrada Tradición transmitida por los Apóstoles.

La Palabra de Dios necesita caer en oídos atentos. Hay quienes la escuchan, pero no la comprenden. Otros son débiles o indecisos. Otros no responden, no por debilidad al momento de defender la Palabra, sino porque la palabra del Señor no puede dar fruto si la persona no lleva una vida recta. Sin embargo, la Palabra de Dios, cuando es enviada a la tierra, siempre es fecunda; siempre encontrará algún terreno fértil. Que seamos nosotros ese terreno fértil, abiertos a la Palabra de Dios en nuestras vidas.

Padre Frei